

LA DECADENCIA DEL PARADIGMA DEL SIGLO XX

Cuando se analiza el cambio de un paradigma a otro uno de los puntos cruciales a considerar es el por qué de la decadencia del paradigma que muere y a partir de qué acontecimiento se genera el cambio y las transformaciones.

Buscar las razones que conducen al debilitamiento de un paradigma y a su definitiva desaparición y reemplazo por otro nuevo que de explicaciones adecuadas del funcionamiento de la nueva realidad es quizás la tarea más difícil y controversial.

De todos modos, los analistas coinciden en algunos puntos básicos que llevaron al viejo paradigma del capitalismo industrial avanzado, del mundo bipolar y la cultura de la modernidad a su desgaste y desaparición.

Entre ellos encontramos:

- La crisis de la cultura de la modernidad.
- La crisis económica que produjo la decadencia del industrialismo en lo que era conocido como modelo industrial avanzado.
- La decadencia del Estado de Bienestar, lo cual significa el progresivo sometimiento del Poder Político a manos del Poder Económico.
- La revolución de la tecnología de las comunicaciones, como avanzada de un profundo cambio tecnológico que sacude las estructuras productivas del modelo y el modo de vida mismo de las personas.
- La caída del bloque socialista y la inmediata desaparición de la Unión Soviética, aniquilando la arquitectura de poder bipolar en el mundo.

CRISIS DE LA CULTURA MODERNA

Para el presente curso optaremos por una de las perspectivas más amplias del término “cultura”, una palabra con múltiples abordajes “Cultura” en sentido amplio es la manera de ver y sentir el mundo de parte de una sociedad, de sentirnos en el mundo y por ende de obrar sobre él, en síntesis, entendemos “cultura” como la forma de vida que asume una sociedad, dándole sentido a los modelos económicos, las estructuras sociales y los sistemas políticos que construye ese conjunto social.

El marco cultural del viejo paradigma tomó el nombre de Modernidad, que si bien no tiene su origen en el siglo XX es la lógica cultural que sostiene al sistema capitalista dominante en occidente desde el siglo XIX.

El pensamiento moderno hace su aparición durante el Renacimiento europeo (siglo XV), cuando el Hombre vuelve a pensarse como centro del mundo y se aleja de los preceptos religiosos que comandaban las formas de vida medievales.

La Modernidad que nace con pensadores como Maquiavello y artistas como Miguel Angel, afirma la voluntad humana por sobre todas las cosas, rechaza la fuerza del destino quebrando el espinazo del pensamiento mítico, mágico y religioso que había prevalecido desde los inicios de la historia humana.

A partir del siglo XV comenzará a tomar forma un pensamiento afincado en la razón humana que alcanzará su afirmación en los pensadores iluministas del siglo XVII-XVIII, como Hobbes, Hume, Locke o Rousseau, que proponían *iluminar* con la razón la realidad humana y comenzar a reflexionar sobre las diversas formas de organización social que se da el hombre en base a su libre voluntad, construyendo el primer modelo de pensamiento político moderno: el liberalismo.

La clase en ascenso por aquel entonces, siglo XVIII, era la burguesía que luchaba por perforar los privilegios de los alicaídos nobles aún en el poder, impulsando un nuevo modelo económico apuntalado en la Primera Revolución Industrial: el incipiente capitalismo industrial. De tal modo el pensamiento moderno liberal se enlaza íntimamente con el modelo económico capitalista a través del eslabón de la burguesía, pero no va a ser el liberalismo la

única corriente ideológica moderna sino que con la aparición de la clase obrera surgirá otro modelo ideológico basado en la razón que es el socialismo.

De este modo la modernidad alumbrará dos teorías básicas que aspiraban a ordenar la realidad humana desde la razón. Una el liberalismo, otra el socialismo marxista, la primera tuvo su nacimiento oficial con la Revolución Francesa de 1793, la segunda con la publicación del Manifiesto Comunista en 1848.

Ambas teorías, ambas ideologías, son hijas de una misma madre: La Razón, y ambas doctrinas son hijas de un mismo padre: el Iluminismo, sustentados en un mismo objetivo: el Progreso.

Básicamente la disputa entre liberalismo y marxismo es la disputa entre dos verdades, y ya se sabe que la razón (como la fe) solo admite una verdad.

El pensamiento racional es el que da origen al pensamiento científico y el objeto de la ciencia es llegar a LA verdad, la modernidad es un tiempo que aspira a alcanzar la verdad, por eso sus doctrinas políticas, liberalismo o marxismo, se suponían ambas poseedoras de la verdad. La modernidad no es una cultura que acepte pensamientos tibios o débiles, es tiempo de doctrinas sólidas y definitivas.

Era una *verdad* que el Hombre se realizaba por su trabajo, una verdad asumida tanto por el liberalismo como por el marxismo, y el trabajo era un verdadero credo en la cultura moderna. Y el sistema económico del viejo paradigma así lo reflejaba mediante su organización laboral vertical, jerarquizada y disciplinaria.

Porque esta sociedad moderna era una sociedad disciplinaria, ordenada en base a una estructura normativa sólida, donde las normas expresaban ese Pacto Social que aseguraba la convivencia, establecía las funciones y roles de cada ciudadano. Una sociedad con guías claras y mapas consistentes para vivir en ella.

No había lugar en la modernidad para las aventuras personales que rompieran el molde establecido, no había lugar para los rebeldes o los locos. La vida diaria también respondía a este molde disciplinario donde cada quien sabía qué era lo que tenía que hacer dentro de la institución de la que formaba parte. Una normatividad social por todos aceptada que dejaba en claro la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, una normatividad social que privilegia el interés colectivo por encima de los intereses individuales, en la búsqueda de la totalidad.

No estamos hablando aquí necesariamente de autoritarismo sino de disciplina social, una organización normativa que reparte premios y castigos, está claramente estratificada, es vertical y privilegia la idea de unidad, porque otra de las características que asume la modernidad es su pretensión Universal, se trata de una forma de vida dominada por una Moral Universal que se presenta como un paraguas que a todos cubre.

En ese marco racional se hace fuerte la dualidad cuerpo/espíritu proveniente del viejo molde platónico, retomado por el cristianismo y consustanciado en la cultura occidental que la modernidad hace propia y afina en el imperativo del Deber. Una realidad binaria, dialéctica, en la que no hay lugar para terceras opciones: verdadero/falso, masculino/femenino, crecimiento/decadencia, patrón/trabajador, mayoría/minoría, izquierda/derecha, salud/enfermedad, natural/artificial, público/privado, etc.

La modernidad no aspira a la diferencia, ni a valorizar lo que hay de diverso en cada uno, sino a reafirmar el destino común para todos, un destino de progreso, el camino de la utopía, la visión en el futuro, porque además de la Razón, el otro puntal de la modernidad era el Progreso, entendido como la dinámica ineludible que impulsa la Historia Humana, cuya comprensión era de carácter teleológico, no como un regalo de Dios sino como consecuencia de la voluntad humana.

Por eso el Hombre de la modernidad proyecta, piensa en su futuro, realiza sus actos con ese objetivo, demora, posterga, resigna el presente en pos del mejor mañana que le espera. El hombre de la modernidad pospone, no se entrega a la satisfacción inmediata.

Y en esa búsqueda de Futuro, el hombre de la modernidad también rescata el Pasado como escalón esencial de la escalera del Progreso, porque para subir hacia el mañana es

necesario asentarse firmemente en el escalón previo del ayer. En ese tránsito el tiempo Presente es simplemente un momento de paso, irrelevante.

Pero si bien la modernidad concretada socialmente en la disciplina normativa no valora el comportamiento rebelde, tiene un costado contradictorio en el hecho de que para alcanzar esa regulación normativa se requiere un comportamiento innovador y transgresor que luego el mismo sistema se ocupa de apagar. Por eso la modernidad no es una época de tranquilidad, sino un tiempo de efervescencia, de lucha, de revolución, de conflicto.

Cuando la modernidad apunta al progreso para asegurar el mejor destino de la humanidad, a lo que apunta es al cambio y la transformación. Y el ícono fundamental de la cultura moderna es el cambio revolucionario: revolución capitalista, revolución burguesa, revolución obrera. El economista liberal Joseph Schumpeter acuñó el término “destrucción creativa” para explicar de qué manera el capitalismo avanzaba, progresaba, destruyendo en su camino parte de lo que había construido previamente, el mismo estado que Carlos Marx describía con la frase “todo lo que es sólido, se desvanece en el aire”.

De este modo la idea del cambio forma parte esencial de la modernidad, pero la contraparte de esto es que una vez que ese cambio se concreta toda esa fuerza revolucionaria se vuelve conservadora.

La guía de la racionalidad durante la vigencia del paradigma de la modernidad afirma la preponderancia de lo político (entendiendo lo político como aplicación de la razón humana en la forma de organización social). La razón por delante de la realidad, incluso la razón desafiando a la realidad. Es decir, la política construyendo la realidad.

La expresión política del Estado-Nación, institución creada por la modernidad, se encuentra por sobre los otros factores de poder, el Capital y el Trabajo, los domina y los dirige. Es la Política, son las ideas, es la razón, lo que rige al mundo moderno.

¿Pero cuándo fue que este sólido andamiaje cultural destinado a darle sentido final a la Historia humana comienza a dar signos de debilidad? ¿Cuándo la crisis del paradigma comienza a manifestarse?

La modernidad cultural comenzará a mostrar signos de agotamiento en la primera parte del siglo XX, aún en los momentos en que se seguía construyendo su edificio social.

Será a partir de acontecimientos trascendentales del siglo XX, como las carnicerías de la Primera Guerra Mundial, la brutal crisis económica de 1930, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto judío, la detonación de la Bomba Atómica, todos hechos que llevaron a comenzar a poner en cuestionamiento el destino de progreso que prometía la modernidad.

Comienza a considerarse que el principio de la Razón moderna que venía a sustituir al mito se terminó convirtiendo en un mero instrumento perdiendo las virtudes trascendentes de la propuesta original y sirviendo a su utilización para objetivos menores relacionados con el control social o el mercado.

La Razón y la fe en el Progreso, pilares del proyecto moderno, fueron puestos en cuestionamiento al punto de afectar a otra columna vertebral de lo racional: la propia ciencia y su pretensión de Verdad.

La ciencia física clásica consideraba la materia como impenetrable, el significado de la misma palabra átomo lo demuestra, la materia indivisible, hasta que a comienzos del siglo XX se descubre que eso que se consideraba sólido no era más que energía, el átomo no era una cosa en su sentido material, sino un conjunto de fuerzas. La solidez propia de la modernidad se sacude, todo era proceso y movimiento.

El tiempo, constante, permanente, cuantificable, surgido de los análisis de Newton, científico moderno, será demolido conceptualmente a comienzos del siglo XX por un nuevo físico, Albert Einstein, que demuestra la relatividad del tiempo y, de nuevo, el protagonismo de la energía. Las ideas modernas de Verdad, Unidad y Absoluto se debilitan detrás del crecimiento de lo relativo.

Las ciencias físicas también cuestionan la búsqueda de un orden racional definitivo pasando al desarrollo de nuevas teorías, como la Teoría del Caos o la Teoría de la Incertidumbre¹. Allí donde la modernidad buscaba verdades últimas, la nueva ciencia solo ofrece posibilidades.

Ya no hay una realidad única, fija y cognoscible, solo hay realidades individuales, el mundo deja de verse como un conjunto de verdades y pasa a verse como un ramillete de opciones y posibilidades en permanente cambio.

Las soluciones colectivas comienzan a perder confianza en las sólidas construcciones ideológicas que prometieron el acceso a un mundo de felicidad, igualdad y paz.

A partir de entonces el Hombre moderno comienza a recluirse en un mayor individualismo, y se produce un lento proceso de reindividualización y descolectivización. El mundo comienza a proponer *soluciones biográficas a lo que son problemáticas sistémicas*.² Todos los problemas parecen anclar en las particularidades de cada individuo sin importar su condición, aún cuando esa condición fuera lo social o lo económico. Cada persona pasa a ser responsable de su suerte, la reindividualización de la unidad colectiva de la modernidad pasa a ser el sello del nuevo tiempo.

Las sólidas ideologías de la modernidad estallan en un abanico de pensamientos pequeños y transitorios, muchos *juegos del lenguaje* describiendo realidades temporales sustituyendo los *grandes relatos* de sentido de la modernidad.

Se desmorona el orden racional ante el avance de la espontaneidad del deseo, se desvanece la idea de progreso como herramienta para construir el futuro, un futuro que se vuelve amenazante y oscuro y se va disolviendo frente a la cada vez más imponente presencia del presente.

El futuro se convierte en una gran desilusión y el pasado en una profunda frustración, ya que como sostiene el historiador Jacques Revel, al no proyectarnos hacia el futuro el pasado se vuelve opaco, difícil de descubrir.

Así, derribadas las columnas de la Razón y del Progreso, se cierran los caminos de la modernidad. Caída la razón se entroniza el Deseo, disuelto el Progreso se impone el Presente.

El viejo paradigma cultural de la modernidad se queda pues sin su soporte cultural y el nuevo paradigma se afina en un nuevo sustrato cultural, la posmodernidad, como bautizó Jean Francois Lyotard a esta nueva cultura, o bien la hipermodernidad, como prefiere llamarla Gilles Lipovetsky.

CRISIS DEL INDUSTRIALISMO

El título de este apartado no es crisis del capitalismo industrial avanzado sino crisis del industrialismo, y esto es necesario aclararlo porque no solo entrará en crisis el capitalismo sino que conjuntamente entra en decadencia el experimento del bloque soviético que había sido diseñado a imagen y semejanza de la economía industrial, una crisis incluso mayor y más profunda que la del sistema industrial capitalista.

El Industrialismo es el formato que adopta el modelo económico a partir del siglo XIX, que en el caso del capitalismo toma un tono avanzado en el siglo XX en el que la industria se convierte en el factor productivo por excelencia, el factor industrial se transforma en el principal rubro de generación de riqueza de la economía, por encima de la economía primaria y los servicios.

Los países industriales se convierten en los países más poderosos del planeta, y todo país que pretenda ingresar en ese selecto grupo debe involucrarse de lleno en la economía industrial. Así Estados Unidos y los países de Europa occidental junto a Japón son a comienzos del siglo XX esos poderosos países industriales, a los cuales se sumará la Unión Soviética a mitad de siglo.

¹ Teoría del Caos elaborada por Ilya Prigogine, y la Teoría de la Incertidumbre por Werner Heisenberg.

² Ulrich Beck, citado por Zygmunt Bauman, En busca de la política.

Después de la apertura del mercado global y la apertura del sistema financiero, el industrialismo estaba herido de muerte, la generación de riqueza comenzará a migrar desde las industrias a los servicios.

DECADENCIA DEL ESTADO DE BIENESTAR

El centro de la escena política del viejo paradigma era ocupado por el Estado, que dado su rol protagónico como proveedor de servicios básicos para la población y de agente económico en la estructura productiva, recibió el nombre de Estado de Bienestar o Estado Social.

El Estado de Bienestar jugaba una función reguladora, de arbitraje, entre la ambición del Capital y las pretensiones del Trabajo, que aceptaban esa función de Poder superior que ocupaba el Estado, ya que les permitía beneficiarse aún dentro de un escenario de tensión.

Esta participación activa del Estado, como agente rector de todo el funcionamiento de la sociedad a través de una amplia legislación regulatoria en lo económico, lo social, lo laboral, lo cultural y lo político, significaba una aceptación tácita de la sociedad a este rol protagónico, que requería para ello de la persistencia de una gran masa de dinero destinado al llamado *gasto social* para su sostenimiento, y ese poderío económico surgía de un largo período de crecimiento económico del modelo industrialista desde el final de la Segunda Guerra hasta la crisis del petróleo.

El especialista David Harvey llamará a este modelo el del *liberalismo embridado*, figura que se basa en que se trataba de una política capitalista de mercado con fuerte control de parte del Estado, es decir que el poder económico tenía bridas que lo retenía y esas bridas estaban en manos del gobierno que conducía el Estado.⁸

Este Estado Social comenzó a quebrarse con la crisis económica de 1973, momento en que el Capital se enfrentó a una fuerte caída de la tasa de ganancia y por lo tanto comenzó a trabajar para romper las barreras regulatorias del Estado de Bienestar y cuestionar su rol central en el modelo.

El Capital comienza a impugnar el alto grado de poder en manos del Estado Social que había construido una sólida legislación regulatoria de toda la actividad económica, legislación que ponía un dique a las pretensiones del Capital de verse liberado de sus *bridas* para maximizar sus ganancias, fundamentalmente en lo que hace a la protección de los derechos del trabajador.

La ofensiva del Capital contra el Estado Social comenzó inmediatamente, situación que se reflejó en diversos hechos:

- ◆ Fin del control financiero de parte de los estados: La desregulación financiera que supuso la desvinculación del dólar del patrón oro, puso a fluctuar a todas las monedas del mundo y abrió la puerta a una gran actividad especulativa que rompe las barreras estatales y hace que los Estados pierdan el control de los flujos financieros dentro de sus propias fronteras.
- ◆ Fin de la industria nacional: Las industrias, en busca de recuperar la tasa de beneficio en descenso por la crisis comienzan a ajustar sus costos, especialmente los laborales, y para ello levantan las fábricas de sus territorios y las comienzan a llevar a países donde los sueldos son más bajos y las condiciones laborales desprotegidas. Este proceso lleva el nombre de *deslocalización*. Luego esas producciones baratas comienzan a inundar los mercados mundiales al desmoronarse las barreras comerciales, y con ello aniquilan las industrias nacionales.
- ◆ Caída de los recursos del Estado: Los Estados ven como progresivamente sus tesoros comienzan a reducirse en virtud de la crisis económica global dado lo cual disminuye la captación de impuestos vinculada a una menor actividad productiva (deslocalización mediante) y de una fuerte retracción del consumo masivo. Con esta disminución en sus

⁸ Harvey, David, Breve Historia del Neoliberalismo. Madrid, Akal, 2007.

recursos los Estados comienzan a entrar en dificultades para cubrir los gastos sociales que le daban sentido a su función protagónica en el modelo. Sin la posibilidad de sostener ese gasto social, el Estado de Bienestar comienza a perder su sentido y agoniza.

- ◆ Deuda externa: Se genera el fenómeno de la deuda, que resultó inicialmente una financiación barata para los países del Tercer Mundo que recibieron un gran flujo de dinero a bajo interés, pero con una tasa variable, lo cual constituyó una *bomba de tiempo* ya que una década después, en los 80, esa tasa subirá irrefrenablemente y provocará un quiebre de las economías de los países del sur altamente endeudados y el inevitable hundimiento de sus Estados de Bienestar.

Estos factores en conjunto produjeron que los Estados Sociales del liberalismo embrizado sufrieran una drástica caída de sus recursos lo cual repercutió en una desmejora profunda de las prestaciones de salud, de educación, de seguridad y de previsión social.

Sin embargo para que el Estado perdiera su rol central no era suficiente el deterioro económico, era imprescindible un cambio político. La fuerte regulación normativa propia del Estado de Bienestar solo podía ser desarmada con una decisión política en sentido contrario. Es allí donde el Capital comienza a operar sobre ciertos sectores políticos de manera directa y sobre la población a través de los medios de comunicación, para convencerlos de la necesidad del cambio.

Como gran parte de los intereses económicos tenían sede en Estados Unidos será el propio gobierno norteamericano el que comenzará a desarrollar políticas para “asegurar” que los gobiernos extranjeros acepten liberar sus mercados comerciales y financieros, y esas políticas no estarán exentas de violencia.

En el caso de los estados latinoamericanos, por ejemplo, ese accionar político del capital derivó en la batería de golpes de estado que instauró decenas de dictaduras en la región desde 1973 en adelante. El cambio de modelo para destruir el Estado Social debía ser tan profundo que solo a partir de dictaduras podría ser ejecutado.

Una vez que las dictaduras cumplieron su “trabajo sucio” serán las democracias posdictatoriales las que en las décadas de 1980 y 1990 en base a la ideología del neoliberalismo terminarán de aniquilar el viejo Estado Social y a entregar todo el poder al Capital.

En esta situación de debilidad, el Estado debió abandonar una a una todas las empresas de servicios básicos que gestionaba durante el viejo paradigma mediante el expediente de la privatización a manos del Capital.

Este cambio de modelo produce un giro hacia la ideología neoliberal que se implanta para la destrucción del Estado Social, y que alimentará la creación de un nuevo modelo económico basado en 4 pilares:

1. Reducción de costos laborales.
2. Financiarización de la economía bajo el predominio de capitales especulativos
3. Re-regulación. Reforma legislativa tendiente a desarmar toda la estructura normativa del Estado para que el Mercado controle la economía. Este proceso también se conoce (erróneamente) como des-regulación.
4. Privatizaciones, transfiriendo las fuentes de generación de riqueza desde el Estado a manos del Capital privado.

A mediados de la década de 1980 poco existía ya de aquel potente y poderoso Estado de Bienestar del viejo paradigma, transformado ahora en un Estado pequeño e incapaz de ejercer su rol regulador sometido a los dictados del Poder económico.

El Poder pasaba de manos del papel protagónico del Estado al arrollador avance del Capital; al decir de Ulrich Beck, *de repente el peón (el mercado) se transforma en alfil, pudiendo atacar al rey (el Estado) y hacerle un jaque mate*.⁹

⁹ Ulrich Beck, *El Poder de la Impotencia*